***No Tocar.***

*1927.*

—No estaría siendo honesto si dijera que no es una situación espeluznante—. Comenta Lawson a sus espaldas, es el único que se atreve a decir algo.

—¿Podrían volver a explicarme qué estamos buscando exactamente? — Dice su ayudante, un joven aprendiz bajo y flaco, pero inteligente. De nombre Jack, probablemente.

Inicialmente, esta no era la situación planeada.

Resulta que cuando llegó la noticia a Gran Bretaña de una mansión oculta con una entrada a una supuesta mina de oro ubicada en un país de Latinoamérica (alrededor de 1922), nadie tuvo mucho tiempo que perder. Desde ese entonces no se ha sabido nada sobre la cantidad de investigadores, policías y ambiciosos adinerados que han intentado encontrar el supuesto tesoro.

Matt Dealer era un destacado investigador de Cheshire, Inglaterra. Impulsivo y obstinado. Nadie le sacaría de la cabeza la idea de ir a investigar esa tétrica mansión, por lo tanto, llevaría refuerzos; Phillip Lawson, uno de sus amigos más cercanos, graduado en criminología, y su aprendiz, Jack Beals.

Los compañeros de trabajo de Matt dijeron que estaba loco, era una misión suicida. La mayoría de ellos han deseado explorar la casa desde el año en el que se enteraron sobre la mina, pero ninguno se ha atrevido. Ninguno excepto él.

Esto los remonta a un pueblo desierto, donde cualquiera hace diez años atrás diría que nunca pasa nada interesante. Tras enterarse sobre todos los desaparecidos, mucha gente se había mudado, las calles se habían vuelto sombrías. El amable vecindario de Ituzaingó, en el que todos se conocían, ya no era lo mismo.

—Cualquier cuarto, escondite, o, en el peor de los casos, el motivo por el que nadie regresa de este lugar. Nuestra prioridad es la mina.

Un ruido detrás de ellos los alarma, Matt dirige su mano hacia su cinturón en el que descansa su pistola y el más joven se esconde atrás de su tutor. Para cuando voltean pueden ver cruzar rápidamente entre la suciedad una rata con una rama entre sus patas.

Ellos suspiran y continúan caminando, Jack no puede parar de temblar por lo que se mantiene alerta, procurando estar siempre en el medio del camino entre los dos mayores.

Dirigen sus linternas hacia todos lados, se encuentran con suciedad, insectos muertos, objetos que deben haber perdido anteriores exploradores, nada del todo inusual. Cuando llegan a la sala más grande de la casa, lo que mayormente llama su atención es la escalera caracol: tiene alrededor de dos pisos de altura y el techo es muy alto, de modo que no hay pisos entre la sala y el final de la escalera. Exploran y analizan brevemente los cuadros, jarrones despedazados en el piso y muchas hojas de la ya crecida vegetación alrededor de la casa.

Los escalones tiemblan inestablemente bajo sus pies, produciendo un rechino digno de un relato de terror. El aprendiz mira inseguro hacia donde debería haber una baranda —no la hay— y se replantea por qué aceptó venir directo hacia su muerte con la excusa de ‘’fines académicos’’. Probablemente para él sólo sean ‘’fines’’.

Subir por ese peligroso trayecto resulta ser más cansador de lo que parece, sobre todo cuando al llegar lo único que encuentran es una puerta, pegada al final de la escalera. Y, por supuesto, está cerrada.

El investigador ya está preparado para utilizar el arma cuando Lawson lo reprime silenciosamente, llamando a la puerta de tres, pero cuidadosos, golpes. Matt lo mira como si se tratara de una broma de mal gusto. Está a punto de replicar cuando algo lo detiene. Es un ruido, pero no es producido ni por ellos, ni por una rata.

Tres golpes suaves, con la misma lentitud aplicada por el criminólogo, se escuchan por detrás. Hay una pequeña sombra detrás del cristal nublado de la puerta, es algo deformemente parecido a una mano. Debe sostener a Jack antes de que caiga desmayado derecho hacia la primera planta. Ninguno pronuncia una palabra.

Silencio.

La figura vuelve a golpear tres veces, pero de una forma más violenta esta vez. Lawson la imita, no planean hacer enojar a lo que sea que haya frente a ellos. Tal vez es ese el momento en donde el joven nota que lo único que lo separa de su muerte es un pedazo de madera con un cristal. Está intentando gritar, pero el sonido no sale de su garganta.

Luego escuchan dos golpes más fuertes. No saben si lo mejor es salir corriendo o seguir golpeando, como si esa criatura fuera a perdonarles la vida. El oro quedó en el olvido.

Un golpe.

Matt tiene el gatillo debajo de su dedo índice, Phillip está quieto, Jack baja las escaleras a toda velocidad.

La puerta se abre.

*Sofía Mujica Gaitán.*